

### *Aprendiendo a mirar la muerte*

Como les contaba en las dos partes anteriores de esta trilogía, existe, según una tradición tibetana, un hilo invisible de color rojo que nos mantiene conectados a las personas a las que amamos o con las que hemos vivido experiencias significativas que hace que, aunque el tiempo o la distancia nos separen, permanezcamos unidas y en una misteriosa interconexión. Comunicándonos aliento y fuerza, aún sin saberlo.

Tras la muerte de mi madre, con la que tengo un vínculo especial, he aprendido a mirar la vida y la muerte desde otra perspectiva, a hacerme consciente de cómo tratamos este tema en la sociedad.

Ya casi nadie suele morir en casa, salvo que ocurra de repente o porque no ha dado tiempo a un traslado al hospital. Parece que no cabe la posibilidad de ello, incluso deja de ser aceptado socialmente. Sin embargo, el lugar más placentero para morir debe ser el hogar donde uno ha vivido y la cama donde ha dormido, soñado y amado. **Nos estamos acostumbrando a acabar nuestros días sobre sábanas sin identidad y entre luces que nunca nos fueron familiares.** Replantear este aspecto nos podría ayudar a dejar la vida de una forma más personal, en un espacio propio y envueltos entre nuestros recuerdos.

**Por una parte, la sociedad oculta la muerte; pero, por otro, la trata de forma vulgar.** A los niños no se les suele llevar a los hospitales ni a los cementerios, se les aleja de todo aquello relacionado con el dolor y el sufrimiento. Mucho menos se les permite asistir a funerales o entierros, por aquello de que “les puede causar trauma”. No nos damos cuenta de que lo que hacemos es ocultarles la realidad. Por otra parte, a esa infancia a la que creemos proteger evitándoles escenas de muerte de personas reales, les permitimos ver películas y jugar con videojuegos donde el número de muertos, generalmente de forma violenta, es altísimo. A diario millones de personas comen y cenan viendo escenas relacionadas con la destrucción y la violencia, lo cual llega a un punto que nos produce indiferencia e insensibilidad. Que fallezcan tantos seres



humanos en la pantalla es algo que se considera normal. Incluso las víctimas en otros países no nos afectan tanto porque “no son de los nuestros”. Pero cuando es un familiar cercano, entonces ya no hay salvapantallas que nos proteja de nuestros sentimientos. Llega el momento de enfrentarse al dolor en estado puro.

**Nuestra cultura europea,** sumergida desde hace siglos en hacer del acontecimiento de la muerte un espacio de llanto y pena, **no favorece vivir y sentir este momento como agradecimiento y festejarlo para despedir al ser querido que parte hacia otra dimensión.** Como curiosidad les cuento que en Haití, cuando una persona fallece, bailan camino del entierro y barren el suelo para preparar el sendero hacia una nueva vida. De todos son conocidas las escenas de las poblaciones africanas danzando y cantando, incluso durante días, la partida del ser querido. En algunos países de Latinoamérica se celebra el día de los muertos. Una fiesta llena de colores y motivos alegres. Es una ocasión para unirse espiritualmente con los antepasados y engalanar la vida.

Para algunas personas, **la vida no acaba con la muerte, sino que es la puerta para comenzar a vivir la eternidad.** Hasta que los discípulos no traspasaron la barrera de la

oscuridad, no pudieron disfrutar de la luz de la resurrección y sentir que Jesús seguía haciéndose presente de distintas formas y maneras. Mi experiencia personal en relación con mi madre es que ella sigue estando, acompañando. Ya no necesito llamarla ni verla para sentirla. Percibo su presencia en las cosas físicas que nos dejó, pero también en aquellos instantes donde un remanso de paz me inunda por completo. Tal vez morir no sea más que el comienzo de una nueva vida.

Juan Carlos Prieto Torres  
jukaprieto@hotmail.com

*noviembre 2017*